

CONVERSACIONES
CON
**JON
SOBRINO**

A CARGO DE **CHARO
MÁRMOL**



Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2018, Jon Sobrino, Charo Mármol
© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppccedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3323-3
Depósito legal M 31766-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*A mis padres, Juan y Rosario.
Y a mis hermanas, Txaro y Mari Loli.
Ya han caminado con Dios hasta el final.*

PRÓLOGO

Cuando este libro vea la luz hará justo cinco años que me propusieron desde la editorial PPC realizar y escribir una larga entrevista con Jon Sobrino. La idea era enmarcarlo dentro del 50^o aniversario del Concilio Vaticano II y conversar sobre lo que esto había supuesto para un teólogo de la talla y figura de Sobrino. Sin pensármelo demasiado, y sin prever en lo que me embarcaba, acepté la propuesta,

Pero, desde aquello, mucho ha llovido y muchas cosas han pasado. Me he encontrado con Jon en varias ocasiones, tres a lo largo de los dos primeros años. En esas ocasiones nos reunimos en varios momentos y charlamos largo y tendido. Como producto de aquellos encuentros y conversaciones, en marzo de 2015 envié a la editorial un manuscrito que, aunque se imprimió, nunca llegó a las librerías.

Pienso que a Sobrino aquella sencilla obra debió de parecerle muy poco para todo lo que tenía que contar, y comenzó un trabajo que ha continuado a lo largo de estos años, interrumpido por distintos avatares: enfermedades, beatificación de Mons. Romero y mil reclamos a los que ha ido atendiendo a lo largo de este tiempo.

Hemos seguido en contacto, siempre a través de los correos, animando a Jon a escribir y él a mí a tener paciencia en un trabajo al que no veía el fin. Un fin que ya ha llegado y que hace que la espera haya merecido la pena.

El resultado final de este tiempo es una obra donde podemos encontrarnos con el hijo, el hermano, el teólogo, el compañero, el alumno..., pero creo que a lo largo de las páginas nos podemos acercar a lo más íntimo de la perso-

na, donde no solo habla de los pobres, sino de cómo él ha vivido su relación con los pobres; no solo habla de la teología, sino de su camino al hacer esa teología; habla de Dios y de su relación con Dios... Y, por supuesto, habla de las personas que han sido importantes y han marcado su historia.

Recuerdo una ocasión en la que tuve que preparar una oración con un grupo en un final de año. Pensé en una oración de acción de gracias. Recorté los dibujos de una pisada y los repartí por la capilla. Invité a las personas que me acompañaban a que hicieran silencio, orasen y pensasen en aquellas personas que habían dejado huella en sus vidas. Fueron recogiendo las huellas y escribiendo en cada una de ellas los nombres de las personas que las habían marcado a lo largo de la vida.

Creo que aquel primer libro, sencillo, fue la plantilla de la huella a partir de la que Jon ha escrito y recordado a todos los que han sido compañeros de camino: Rahner, Arrupe –«me ayudó a pensar la teología y sobre todo a que asomara Dios»–, Rutilio –«el 12 de marzo de 1977 asesinaron a Rutilio Grande junto con dos campesinos [...] Ese día yo me topé con el cristianismo»; «la muerte de Rutilio causó gran impacto, y de ese impacto surgió Mons. Romero»–, Romero, Ellacuría... Las menciones a Romero y Ellacuría son un eje transversal a lo largo de todo el libro: «Con Mons. Romero, Dios pasó por El Salvador», afirmó Ellacuría al hablar de Romero. Con Romero y Ellacuría, con el pueblo salvadoreño –me atrevo a decir yo–, Dios pasó por la vida de Jon.

En Saint Louis «surgió» para mí, inesperada e impensadamente, el *problema* de Dios como el mayor de los proble-

mas, y con ello irrumpió la sospecha, la duda, el desconcierto y una especie de tristeza sin fondo. Dios se difuminaba...

En El Salvador «irrumpieron» los pobres –y los empobrecedores–, *no el problema* de los pobres, sino *su realidad factual* y una palabra clara que nos dirigían a los no pobres, sin que yo pudiera acallarla. Y, a diferencia de lo ocurrido en Saint Louis, la realidad de los pobres se me impuso con naturalidad y paz, y mi reacción primaria fue de agradecimiento. Algo bueno me había ocurrido.

Llama la atención en estas conversaciones con Sobrino su sinceridad, sobre todo al relatar el camino recorrido desde el teólogo europeo que discurre y piensa sobre Dios al teólogo que descubre en los pobres, en el pueblo crucificado, al Dios de la vida:

Mi inserción, en el sentido de contacto directo con los pobres, ha sido mínima. Sí procuré acercarme periódicamente a lugares de pobres en los suburbios de San Salvador, y en tiempo de guerra sobre todo a los refugios [...] Sea lo que fuere de mi falta de inserción, en la medida en que despertamos del sueño, descubrí que los pobres eran seres humanos a quienes el pecado del mundo los había convertido en desechos y piltrafas humanas. Y, sin buscarlo, pronto me vino a la mente que *pecado es lo que da muerte* [...] Y, sin buscarlo, también me vino a la mente que *Dios es Dios de vida*.

Como no podía ser menos, habla de los mártires y de la huella que han dejado en él, de aquellos de los que no le hablaron en Alemania, y los hubo, y de aquellos a los que ha acompañado en primera persona; unos y otros pertenecen al pueblo crucificado.

Acabo subrayando uno de los párrafos de Jon por la relevancia que creo que tiene:

En Jesús, los pobres son los destinatarios del reino de Dios, y que ese Dios, no otro, era la realidad última a la que yo daba vueltas. Es el Dios que se expresó con las palabras: «He escuchado el clamor de mi pueblo y he bajado a liberarlo». En palabras de Miqueas: «Escuchen de una vez por todas lo que es bueno y lo que deseo de ustedes: que practiquen justicia, que amen con ternura y que, en la historia, caminen humildemente con su Dios».

No quiero entretener más al lector para que se sumerja en la obra que tiene entre sus manos. Pero quiero agradecer a Jon el esfuerzo que ha hecho en estos años para escribir este libro. Han sido muchas las dificultades encontradas en el camino, pero lo hemos conseguido. En octubre canonizarán a Mons. Romero, y este será un buen regalo de Jon. También mío. Gracias.

CHARO MÁRMOL

1

**EN EL PRIMER MUNDO, FORMACIÓN
Y ESTUDIOS.
EL ASUNTO DE DIOS**

–Lo primero que me ha llamado la atención al bucear en tu biografía es que me encuentro con un vasco nacido en Barcelona en 1938. ¿Cómo fue esto?

Mi familia era mayoritariamente vasca, las dos abuelas y el abuelo materno. Mis padres, Juan y Rosario, vivían en un pueblo llamado Barrika, a unos 20 kilómetros de Bilbao, y allí nació mi hermana mayor, Txaro. En 1937, Franco entró en Bilbao. Mi abuelo fue deportado a una cárcel en Cádiz, y dos tías, hermanas de mi madre, con 18 o 20 años, también pasaron unos meses en la cárcel cerca de Barrika.

Mi padre era marino, y con mi madre debieron decidir ir a vivir a Barcelona, todavía zona republicana, donde vivían ya muchas familias vascas. Allí nací yo en 1938 y mi hermana Mari Loli en 1940. En 1950 volvimos a Bilbao. De niños, en casa no nos hablaban de estas cosas. Después me fui enterando.

–¿Dónde surge tu vocación al sacerdocio? ¿Qué influencia tiene tu familia en tu decisión?

En Barcelona estudié en el colegio de los jesuitas de Sarriá: ingreso y primero del bachillerato de entonces. Cuando regresamos a Bilbao, seguí con los jesuitas en el colegio de Indautxu. Al terminar, en 1956, me fui al noviciado de Orduña, y al terminar el primer año de noviciado me fui a El Salvador con otros tres novicios para hacer el segundo año. En 1958 hice los votos y me enviaron a La Habana a comenzar los estudios de humanidades, típicos de entonces.

¿La vocación? Lo diré con sencillez. Mi familia, mi madre ciertamente, eran muy buenas personas, católicos, pienso que de reciedumbre ética. No pertenecían a ningún grupo específico parroquial ni a ningún movimiento de los que ahora abundan. Vivían la religión católica con convicción, naturalidad y generosidad. De ellos –y de la familia circundante– creo que recibí lo fundamental de cómo ser humano y católico. Entonces yo no tenía conciencia de ello, pero, pensándolo después, creo que la bondad que veía a mi alrededor –que era mucha– me parecía cosa natural. Yo debía caminar según los impulsos de esa bondad fundamental que me rodeaba.

En el último año de bachillerato se me impuso, con naturalidad, que Dios quería que «entrara en los jesuitas». Sin más. Con estas palabras –perdona el lenguaje impersonal– solo quiero expresar que tenía que tomar una decisión. Mis padres nunca me hablaron de ello ni me movieron a ello. Tampoco se opusieron en forma alguna. Creo que lo vivieron con la misma naturalidad que he mencionado, aunque, evidentemente, les costaba que yo me fuese. Recuerdo que mi padre, antes de comunicarle mi decisión, me trajo unos libros de física que él había usado en su carrera de marino, pues se suponía que yo iba a estudiar ingeniería. Cuando le dije que me iba de jesuita, lo aceptó con un poco de tristeza y con mayor paz. Mi madre, creo que con paz, y hasta con normal orgullo cristiano.

En los últimos meses sí me costó tener que abandonar los sueños normales de la juventud. Si me preguntan por qué entré y para qué entré, solo puedo responder que algo importante se me imponía, sin tener idea de cómo iba a ser mi vida. Años después lo he formulado como una especie de «imperativo», no kantiano ni agónico. Era un imperati-

vo natural que creo que iba envuelto en la bondad ambiental que he mencionado antes.

No lo sentí como una llamada personal, como si yo hubiese sido elegido por Dios entre otros muchos. Nunca he pensado así. Tampoco comprendí que aquella vocación era «ser sacerdote», ni menos «ser santo», ni sentí deseos «apostólicos» especiales, predicar a Cristo, salvar almas. Tampoco me movió a entrar el ejemplo de algún amigo, como dicen que fue el caso de Karl Rahner, a quien le empujó el ejemplo de su hermano Hugo, quien había entrado al noviciado dos años antes. Ni me movió la posibilidad de estudios profundos, como cuentan que fue el caso del cardenal Bea. Y, ciertamente, no fue el temor de las penas del infierno, argumento frecuente en aquellos días para decidir en asuntos religiosos.

Una última cosa. El padre Ignacio Iriarte, mi padre espiritual en el colegio durante los últimos cuatro años, de quien guardo un gran recuerdo, me conocía muy bien, y creo que estaba convencido de que yo «entraría de jesuita». Pero nunca me habló de vocación ni me movió a ella.

Más o menos así debió de ser el «imperativo» durante mis primeros años. Si se prefieren las palabras de san Ignacio de Loyola, entré «sin dubitar ni poder dubitar», y sin saber bien adónde iba. Y lo que al escribir estas líneas más me llama la atención es que entonces ni se me ocurrió que mis padres se fueran a oponer. Era algo bueno.

–*¿Por qué América Latina?*

Entré en el noviciado de Orduña, en la provincia que entonces se llamaba Castilla Occidental –antes había sido parte del territorio de la provincia de Loyola y después volvería a serlo–. Muy pronto, durante el mes de ejercicios

que empezamos al poco tiempo de entrar al noviciado, nos dijeron que podíamos ofrecernos como voluntarios para ser enviados a Centroamérica, más en concreto al noviciado de El Salvador. Me ofrecí, aquí también sin razones especiales y con ignorancia de cuál iba a ser mi futuro. Lo hice también «sin dubitar ni poder dubitar». Aunque ahora pienso que, junto al «imperativo» mencionado, también se hacía presente una especie de «invitación», aunque no tenía tanta fuerza como el imperativo. Mi familia reaccionó como lo había hecho antes. Lo aceptaron sin alharacas, y fueron a Madrid a despedirme. Por cierto, viajamos a Madrid en el mismo tren, ellos desde Bilbao y yo desde Orduña, pero sin hablar ni vernos en él. Y lo mismo ocurrió el día que pasamos en Madrid. Ellos fueron a un hotel y yo, con los otros tres novicios y el padre maestro, a visitar las casas de los jesuitas. Nos volvimos a juntar en el aeropuerto de Barajas veinticuatro horas después, y allí nos dijimos adiós. Eran cosas de la época.

Pienso que para ellos quedaba más clara la llamada de Dios y sus exigencias que lo que yo he conceptualizado como imperativo e invitación. Y al contar estas cosas solemos recordar que, en aquellos años, podían pasar diez, quince, veinte años sin que nosotros regresáramos a España, es decir, sin volvernos a ver.

¿Por qué fui en concreto a El Salvador? En América Latina, en aquel tiempo, había pocos jesuitas y pocas vocaciones, con la excepción de México y Colombia, si mal no recuerdo, mientras que después de la guerra en España había muchas. Desde la Curia general de Roma pidieron a cada una de las provincias de España –creo que había seis– apoyar a una región concreta de América Latina y enviar también novicios, pues la lengua común lo facilitaba. A la

provincia de Castilla Occidental le encomendaron enviar jóvenes novicios a Centroamérica, y así ocurrió. En 1949, el padre Elizondo, junto con siete novicios, escolares y coadjutores que hacían el noviciado en Loyola, llegaron a El Salvador y se fundó el noviciado. Algunos, por mencionar solo dos, llegaron a ser muy conocidos: el mártir Ignacio Ellacuría y el hermano Fabián Zarrabe, quien a sus 87 años sigue muy activo, dedicado a la construcción, la enfermería, la cocina, la atención a los huéspedes.

—¿Cómo fue tu primer encuentro con América Latina?

En El Salvador me encontré con un mundo muy distinto. Me llamó la atención la pobreza y la religiosidad, sin entenderlas, sobre lo que volveré. En ese primer encuentro —recuérdese que hablo de 1957—, viendo la realidad, no llegué a enterarme qué era en verdad. No entendí casi nada de las causas ni nos lo explicaron. El qué hacer quedaba claro: hacer de aquellas gentes buenos católicos, como nosotros, castellanos, vascos. El presupuesto metafísico, si me permites hablar así, era que «lo real éramos nosotros».

Para conocer su verdad y para entender qué tenía que hacer yo tuve que esperar al comienzo de los años setenta, cuando regresé al país para quedarme. Dicho desde el principio, el cambio fundamental fue que el «imperativo» de que algo mío debía dar a los salvadoreños no tenía ya prioridad. La prioridad la tenía, dicho sin piadosismo alguno, sino con total seriedad, la «gracia». Algo recibí en El Salvador, sin mérito por mi parte, «mejor» de lo que yo había dado.

En octubre de 1958 hice los votos en el noviciado de Santa Tecla. Y como en Centroamérica no había instituciones para hacer los estudios normales de los jesuitas —para

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Charo Mármol	77
1. EN EL PRIMER MUNDO. FORMACIÓN Y ESTUDIOS. EL ASUNTO DE DIOS.....	11
2. DE REGRESO A EL SALVADOR. IRUPCIÓN DE POBRES Y MÁRTIRES. EL ASOMO DE DIOS	51
3. COMIENZOS DE LA ENSEÑANZA DE LA TEOLOGÍA. EL ASESINATO DE RUTILIO GRANDE Y EL ENCUENTRO PERSONAL CON EL PADRE ARRUPE	123
4. TEMAS IRRENUNCIABLES.....	185
5. PREGUNTAS Y RESPUESTAS DIRECTAS Y PERSONALES. DON PEDRO CASALDÁLIGA Y EL PAPA FRANCISCO	253
6. EL LEGADO DE LOS MÁRTIRES	321
Legado.....	323
Los jesuitas de la UCA, mártires jesuánicos	328
Julia Elba y Celina, pueblo crucificado.....	337
Un legado específico: una universidad de inspiración cristiana.....	341
Un legado compartido: la Iglesia de los pobres.....	350
¿Qué país nos dejan?.....	358
UN LARGO EPÍLOGO. CAMINAR CON PEDRO CASALDÁLIGA, MONS. ROMERO E IGNACIO ELLACURÍA, CON JESÚS DE NAZARET Y SU DIOS, HUMILDEMENTE, CON ESPERANZA Y AGRADECIMIENTO.....	365

1. Cómo poner punto final. Dos novedades impactantes de estos días.....	365
Una novedad muy positiva: la canonización de Mons. Romero.....	366
La otra novedad es trágica: sublevación y represión en Nicaragua.....	369
2. Las lagunas más importantes de estas conversaciones	383
3. «Al final Dios será todo en todos»	384
4. «Ya se ha consumado la unidad»	387
5. «Caminar»	389
6. Caminar con don Pedro Casaldáliga. «Para que los atascados se puedan reanimar»	392
7. Caminar, ¿con quién?	395
8. Caminar con Mons. Romero. «La gloria de Dios es que el pobre viva»	396
9. Caminar con Ignacio Ellacuría. «Con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador»	412
10. Caminar con Jesús de Nazaret y su Dios. La buena noticia de Jesús	436